

festaron como en realidad son, neurasténicos, hiperestésicos, histéricos. La histeria, sordamente, constantemente, en proporciones cada vez más espantables, va consumiendo a la raza. Los caballos se pisaban sus mondogos, sus asaduras; los rehiletes de pólvora envolvían a los toros en humo cárdeno; la plebe se agitaba convulsa deseando sangre y peligro; en estas condiciones ¿quién recordaría a los espectadores los aterradores datos que yo les ofrezco en mis conferencias? Pero yo, en cambio, les observaba fijamente a ellos como un médico y me convencía de que estaba ante una raza muy enferma de la médula y me afirmaba en la idea de que el torero, inconscientemente, es el causante de todas las desgracias nacionales. ¿Qué importa que esa burocracia del mal, tocada con sombrero de paja, se revoliera contra un joven y le insultara porque aquel joven, estudiándoles, había hallado las raíces de nuestra degeneración mental en la fiesta maldita? Lo que importa es el hecho del brindis, de la ofrenda de la oreja, del sarcasmo de ese regalo bárbaro y arcaico.

El país a quien se quiere noblemente salvar paga en esa moneda la labor de liberarlo de su vicio favorito: yo acepté la moneda con júbilo, como he aceptado las lágrimas, la peregrinación, el sudor, la impopularidad, no sin antes decirle a mi pueblo que las orejas que yo deseo son las suyas, no las de los toros. **Gallito** es una víctima de su público. Inducido por él, me quiso demostrar que es fácil matar a un toro cuando se tiene una espada en la mano, siete toreros al lado, una muleta en la otra mano, la barrera y después de haber banderilleado y picado y toreado al desgraciado animal. Cuando **Amargoso** murió, ese público premió la faena con un gigantesco aplauso, protesta colosal a mis conferencias, artículos y palabras.

Y bien: ¿Qué significa esta pro-

testa del público, ese canto de triunfo de diez y ocho mil almas? ¿Qué quiere decir la ofrenda de la oreja del toro sacrificado en irónico holocausto a la defensa que yo hago de su valor, nobleza y mansedumbre? Quiere decir que tengo la razón y no tengo la fuerza; quiere decir que España es el país de la majeza y la cobardía. Por qué no contestan en los periódicos a mis argumentos con otros? ¿Por qué no oponen razones a los guarismos e ideas que yo noblemente expongo, y a falta de ellos me contestan con burlas, chistes, sandeces y vaciedades?... **Bombita** dice a mis réplicas:—No creo que haya en mi profesión eso que usted dice.—**Machaquito** afirma solemnemente:—Mientras las empresas y el público me favorezcan, seguiré en mi profesión.—**Gallito** mata delante de mí un toro, en cuyo acto yo leo su afirmación rotunda de que matar un toro es la cosa más bella de este mundo, y desde luego, la más productiva. ¿Qué haría ante estos argumentos un hombre inteligente? Conducirse como se obra con los niños mal educados: guardarse la oreja en el bolsillo y seguir predicando con mayor energía que antes, sin contemplaciones, empezando por aconsejar al **Gallito** se retire a sus lares y no contribuya a la degeneración de la patria que él, sin duda alguna, ama como yo.

La hiperestesia del espíritu nacional ha llegado a extremos espantosos. Mujeres y hombres se estrujan en las Plazas de toros, gritan, discuten, aplauden, injurian, se agitan y es el único punto en que manifiestan alguna energía, la vana energía de las masas que imponen por su número y hacen reír por su infantilismo grosero y hueco. ¿Qué creería dar con su oreja el buen pueblo que tiene doce mil millones de pesetas de Deuda y no puede pagarlos? ¿Qué batalla creería haber ganado el pobre pueblo del barranco del Lobo? **Gallito** debía saber, si ese joven leyera, que los públicos que